

R. 20697

24

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
GRANADA	
N.º D.	ento 246962
N.º Copia	246963

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE GRANADA,

EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1867.

POR EL DOCTOR

D. ANTONIO GARCÍA CARRERA,

Catedrático de la Facultad de Medicina.



GRANADA.

IMPRENTA DE D. F. VENTURA Y SABATEL,

IMPRESOR DE SS. MN.,

1867.

Umo. Sr. :

SEÑALADO por vuestra benevolencia para dirigiros mi voz en tan imponente acto, mi primer deber es daros las gracias por tan inmerecida distincion, la que estimaré como la mas preciosa de las que haya podido obtener en mi carrera, y la que hubiera declinado como superior á mis débiles fuerzas si no tuviera en consideracion que el sábio Claustro y el ilustrado público dispensarán la indulgencia necesaria al que falto de todas las dotes se atreve hoy á ascender á esta tribuna con vacilante planta y ánimo apocado. Viva está en el recuerdo de todos la grata impresion que nos ha producido siempre la magnífica ofrenda, depositada en el altar de la sabiduría por los encargados de solemnizar tan importante ceremonia: aun parecen resonar en este augusto recinto aquellos magníficos discursos, en que la belleza de la dición y la mágia del estilo se armonizaban tan bien con la elevacion de los conceptos, la

riqueza de erudición y la importancia del asunto: así que, al ocupar hoy este puesto, solo deseo que se tenga en cuenta mis esfuerzos, diciéndolos: he hecho lo que he podido, he sacrificado á los dioses segun mis facultades, como dice Xenofonte, y solo temblando es como desplego mi vela á los vientos. *Permittamus vela ventis, et oram solventibus bene precemur.* (1)

Uno de los síntomas mas notables de nuestros tiempos, es la creciente popularidad de las ciencias. No hablo solamente de la admiración que inspira sus fecundos descubrimientos, ni del reconocimiento que se les debe como premio de sus servicios, cada un día mas importantes y numerosos: en la popularidad de que yo hablo entran sentimientos mas delicados, de mayor desinterés, un amor espontáneo por las verdades científicas, y el deseo de aumentar el fondo de ideas, á que podría llamarse el capital intelectual de la civilización.

Unos despues de otros, los grandes espíritus acometidos de la fiebre moderna, han venido á sacrificar á las ciencias. Algunos, á la edad en que se debe reposar en la gloria, se han puesto á aprender: despues de haber recorrido largo tiempo y en todos sentidos el dominio de la imaginación y de las pasiones, han entrado en el reino siempre virgen de la naturaleza, explorándolo todo con un ardor juvenil, y como admirados de haber por tanto tiempo ignorado y desconocido tantas maravillas. No seré yo de los que temen ó rechacen estas excursiones un poco aventureras sobre el terreno de la observación y de la experiencia. La ciencia es invulnerable; y si ella desdeña los

(1) Quintilian. *Inst. orat. prœm. ad Tryph. edic. Lemaire.*

golpes de sus enemigos ¿por qué habrá de temer las caricias apasionadas? Aunque desnuda como la verdad, sus nobles formas estarán todavía visibles bajo el ligero manto de púrpura que la imaginación arroja sobre sus hombros.

La crítica tambien ha tendido la mano á la ciencia, demandándole luces nuevas; ha consultado la geología, el estudio de las razas humanas, la geografía física, así como tambien la historia y la filología. Abiertas las grandes puertas del Panteon literario á la fisiología y á la etnografía, estos visitantes nuevos é indiscretos quizá se hayan atrevido alguna vez á poner temerariamente las manos sobre las glorias mas respetadas. La filosofía misma, despues de estar largo tiempo encerrada en el círculo sin salida de una metafísica estrecha, lo abandona al fin y se familiariza con los descubrimientos, y aun con la tecnología de la física, de la química y de la medicina. Ella ha querido tocar con sus propias manos esas temibles armas, tantas veces esgrimidas contra la metafísica, y ha podido asegurarse que el acero, del que hasta allí no habia sentido mas que la punta, no se encontraba sin algunos defectos. En los escritos de Saisset, Janet, Vacherot, Tissot, Bouiller y otros mas, la filosofía no abdica sus antiguas pretensiones, conservándose fiel á sus creencias, pero se instruye para defenderse mejor. Ella sale, en fin, de la murada ciudadela donde corria riesgo de ser reducida por el hambre y la sed, y hace fructuosas incursiones sobre el terreno de sus enemigos.

¿Mas para qué hablar de enemigos? ¿Qué espíritu noble y sério consentirá en admitir que existe una hostilidad necesaria, un antagonismo fatal entre las enseñanzas de la filosofía y las

de las ciencias positivas? Ambas miran al mismo objeto, su punto de vista solo es distinto. No existen ni dos verdades ni dos métodos para descubrir la verdad. La especulación mental no es mas que una forma particular de la observacion, porque la lógica no engendra nada ni crea la idea, solamente la descubre y la deja ver. El hombre encuentra en sí mismo y en el mundo las ideas del infinito, del tiempo, del espacio, de la fuerza, como el mineralogista encuentra los metales en un mineral. La metafísica asocia las abstracciones, como el químico maria los cuerpos simples. Nadie será capaz de extraer del primer término de un silogismo mas de lo que él contenga implícitamente: la dialéctica levanta el velo que cubre un cuadro, mas el cuadro mismo no es obra suya, y ella no puede alterar ni el color ni el dibujo. Razonar, en una palabra, es observar las ideas.

Por otra parte, la observacion de los hechos, la observacion científica no tiene otro objeto que el descubrimiento de leyes generales, es decir, de funciones ideales que unen los diversos elementos del mundo fenomenal. Marcha al azar y se condena á la esterilidad cuando no se ilumina por algun gran pensamiento.

¿Á qué servirá el acumular, el provocar las experiencias, si no deben resumirse en una vasta síntesis? ¿Qué serian las clasificaciones si un pensamiento general no traza los cuadros? Lo que el sábio busca en las maniobras de los laboratorios, sobre la fria loza del anfiteatro, detrás de los vidrios de los museos, sobre las hojas de las plantas, en los jardines zoológicos, son ideas: en todo lo que le rodea, en todo lo que ve, lo que

siente, en los espectáculos de un mundo impasible, como en las agitaciones apasionadas de su propia naturaleza, busca un sentido, una razon. Delante del pensamiento científico, es necesario que el mundo se idealice y tome, por decirlo así, un alma. Y cuando ha recorrido todos los ciclos, todos los caminos de una ciencia particular, el espíritu sale enriquecido de algunas leyes que debe llevar en tributo á la ciencia de las ciencias humanas, á la Filosofía. Toda idea general, toda fórmula comprensiva y fecunda pertenece de derecho á esta última. Ella debe parecerse á los navíos que van sobre todas las riberas cargando los tesoros mas variados.

Mostrar la necesidad de los estudios históricos en medicina y las relaciones de esta ciencia con la Filosofía, tal es el objeto que me propongo en mi discurso.

Nunca los estudios históricos han gozado de un favor mas marcado que en nuestra época: nunca la necesidad de un estudio sério de la historia de la medicina se ha hecho sentir mejor.

Á las teorías exclusivas que han reinado largo tiempo despóticamente en la ciencia, ha sucedido el reino de los métodos filosóficos, que tienen por base una observacion escrupulosa, una induccion severa. Empieza á conocerse generalmente que solo demostrando la perpetuidad de los dogmas fundamentales de la medicina á través de sus trasformaciones diversas, es como se imprimirá á esta ciencia un carácter de certidumbre y de autoridad que no le darán jamás los sistemas que pasan. Buscar estos principios fundamentales, tal es el objeto mas elevado que nos podiamos proponer. Toda la filosofía médica consiste en esto.

Dejemos á esos dogmáticos orgullosos, que se imaginan que la ciencia es nacida con ellos, en su desden ininteligente por la tradicion. Sepamos tambien guardarnos contra esos falsos espíritus de progreso, que bajo pretexto de marchar adelante, quieren hacer pedazos todas las ideas formadas la víspera. ¿El estado presente de la ciencia no se relaciona con el pasado? ¿No es á la trasmision de las ideas y de los hechos por la ciencia á quien se puede aplicar el pensamiento de Pascal, asimilando la humanidad á un solo hombre, que se desenvuelve de edad en edad por la adquisicion sucesiva de descubrimientos, resultados ellos mismos de una continuidad de progresos anteriores, y por lo cual decia, que los antiguos eran los modernos y que nosotros somos los antiguos? ¿No es ese el fin de todas las fuerzas reunidas del espíritu humano y de los esfuerzos de veinte siglos para sondar esos profundos misterios, que semejantes á la Itaca de Ulises, parecen estar siempre á igual distancia en el horizonte? Si nuestro siglo ha dado pasos inmensos en el estudio de la naturaleza muerta, ¡quiénes mas sábios que los antiguos en el arte de observar la naturaleza viva! Hay demasiada ligereza, por no decir sobrada presuncion, en privarse voluntariamente de tales auxiliares. ¿Qué leccion mas elocuente, por otra parte, que el cuadro de las aberraciones en las que han caido una multitud de hombres superiores por haber desconocido el *verdadero método*, es decir, la aplicacion de las leyes de nuestra inteligencia al exámen del hombre sano y enfermo? ¿Qué estudio mas propio á enseñarnos la tolerancia científica, y á preservarnos del entusiasmo irreflexivo y de la prevencion exagerada?

Y decimos esto, porque la importancia de los estudios históricos en medicina está lejos de ser la misma para todos.

Dos grandes opiniones dividen el mundo médico desde la antigüedad hasta nuestros dias. Ellas se encuentran en el fondo de todas las escuelas que han aparecido sucesivamente sobre la escena. Segun la una, el organismo, especie de microscopio ordenado de todo punto por una série de actos autónomos, guarda en su seno las fuerzas necesarias á su desenvolvimiento; fuerzas especiales independientes de las que rigen el universo. Aquí, para servirme de la expresion de un escritor célebre «el hombre es entero y no es porcion de nada.» Los medios, por la ayuda de los cuales completa su vida, no están sino en las condiciones de su conservacion y no de los elementos constitutivos de su ser. Tal es el fondo de todas las teorías dinámicas, en las que se proclaman la autonomía de las fuerzas vitales, sea cualquiera el nombre que se las dé, ya se las relacione, como en el hipocratismo, á un principio general, reinando sobre todos los órganos y sobre todas las funciones, ó ya se las considere como inherentes á la fibra viviente, bajo el nombre de *propiedades vitales*. Para comprender la significacion de fenómenos tan oscuros, deduciendo conclusiones rigurosas, y haciendo entrar sus aparentes anomalías en las leyes regulares, es necesario estudiar largo tiempo y en circunstancias diversas, notando sus diferentes aspectos, distinguiendo lo que no es inherente á su esencia propia; en una palabra, variando la observacion al infinito. Y como para semejante tarea se necesita el concurso de los grandes observadores de todos los siglos, á los ojos de los adeptos de las doctrinas vitalistas la historia está llena de enseñanzas.

Es para estos, sobre todo, para quienes la medicina es la obra del tiempo, y por consiguiente la obra de todos.

No sucede así en el campo opuesto. Aquí el organismo no es mas que una agregacion de moléculas en comunión perpétua con las fuerzas de la naturaleza, pudiendo prestarse á todas las modificaciones que se le impriman por una suerte de receptividad ó de capacidad, sustituida á la autoocracia de la fuerza vital. De aquí las doctrinas físicas, químicas y anatómicas, que comprobando la autonomía de los hechos fisiológicos y de los hechos físicos, tienden á absorber los primeros en los segundos, y no entrecen ningun progreso posible para el arte de curar, que en el perfeccionamiento de este órden de estudios. Por esto las ciencias físicas no admiten el pasado, y solo en el estado actual de nuestros conocimientos apoyan los elementos de su dogmatismo. Bajo este punto de vista, la tradicion ni los trabajos de erudicion sirven mas que para entretener algunos espíritus especulativos. Y no se crea que sea esta la opinion de algunos pocos. Descartes, descontento de la filosofía de su tiempo, se puso á filosofar como si nadie lo hubiera hecho antes que él; y Bichat, si bien no asimilaba las manifestaciones complejas de la vida á esos fenómenos simples, fijos, limitados y reproducibles á voluntad, á los que nos hacen asistir las ciencias químico-físicas, el gran fisiologista no manifiesta ningun deseo de anudar la cadena de las tradiciones, y para él la ciencia no se continúa sino que empieza de nuevo. Á estos pueden unirse tambien los llamados prácticos, cuya inmensa mayoría se contenta solo con esa observacion vulgar, que no alcanza á apreciar mas que la superficie de las cosas, pareciéndose en ello al

ignorante que recorriera todas las regiones del mundo, por los continentes y por los mares, bajo los trópicos y cerca de los polos, por el vértice de las montañas y á través de las llanuras, el cual sabria menos sobre la geografía y la verdadera forma de nuestro planeta, que el escolar habituado á manejar un globo terrestre.

Es sin duda alguna, como dice el Dr. Guardia (1), de una gran importancia la práctica, es decir, la utilidad en la aplicacion de la ciencia á las cosas de la vida, sin la que, como observa juiciosamente Galeno, no es posible el arte. El fin mismo de la medicina es la adquisicion de un resultado concreto en vista del bien comun. Nosotros sabemos esto, pero nos guardaremos bien de olvidar que sin los principios de una ciencia superior y general, sin las doctrinas que se resumen en una teoria, el arte se empequeñece, se degrada y cae al fin en el envilecimiento.

La práctica, tal como la entienden algunos, es no sé qué de vulgar y de mezquino, que estrecha el espíritu y le ata á una pesada cadena falsamente decorada con el nombre de observacion, y que no es, en definitiva, sino inmovilidad, ausencia, parálisis ó muerte del pensamiento, pura mecánica ó grosero automatismo, fruto de la mnemónica y del hábito adquirido por la repeticion de los mismos actos. Segun el voto de Bacon, es poner plomo á las alas del espíritu, el cual no pudiendo volar, se arrastra y humilla. Se necesita todo el poder del genio para remontarse y arrojar lo que le es incómodo. Pero el genio es tan

(1) *La Médecine à travers les siècles.*

raro como el fabuloso fénix. Clavados en tierra como las estatuas inmóviles del antiguo Egipto aprisionadas en su envoltura, los adeptos de la práctica no ven mas que lo que se encuentra á sus piés; su vista no abraza mas horizonte, ellos no miran ni delante ni detrás. Ignorantes del pasado, indiferentes del porvenir, no saben ni adonde van ni de donde vienen, y no se inquietan del fin ni del punto de partida. Aislados en el presente é incapaces de orientarse, no avanzan y se hunden cada vez mas en la nada, porque propiamente es la nada la que los invade, la que los envuelve por todas partes como un desierto sin oasis. Su estado no puede compararse al reposo que sucede á la agitación; no es la calma despues de la tempestad, es el mar Muerto con sus aguas dormidas y sus riberas desoladas.

Sin pretender juzgar en última instancia este gran debate, *non licet inter nos*.... me limitaré á establecer que no en estas doctrinas es en donde puede encontrarse la solución del problema sobre la identidad ó no identidad de las fuerzas cósmicas y bióticas.

Es necesario no perder de vista que por un lado los conocimientos, á los que pedimos datos fijos y positivos, están ellos mismos llenos de revoluciones nuevas que podrán hacer cambiar completamente las bases, y que por otro, tratándose de una ciencia donde el sujeto, el hombre sano y enfermo, recibe, como lo hace notar un autor contemporáneo, una marca tan profunda de los tiempos, de los lugares, de la civilización, las soluciones no pueden sacarse sino lentamente de la comparación múltiple de los hechos.

¿Qué concluir de esto? Que tomando la medicina desde el

punto hasta donde la han llevado los progresos mas recientes de las ciencias físicas, y admitiendo, bajo reserva, la legitimidad de las esperanzas que puedan concebirse, hay todavía que recorrer un largo camino bajo el punto de vista histórico, pero sin separarlo del elemento filosófico. Negar esto, seria pretender que en una ciencia donde todas las partes son solidarias las unas de las otras, nos podriamos contentar con esa crítica fragmentaria de los hechos, que no deja percibirlos mas que por un lado; que no hay ningun principio, ninguna ley que deducir de la experiencia generalizada, ninguna utilidad en luchar contra ese individualismo excesivo de nuestra época tan favorable al esparcimiento de las ideas, y que pone, como se ha dicho ya, á las opiniones particulares en lugar de las doctrinas. Esto seria negar la necesidad de formar el inventario de las cosas adquiridas, separándolas de los errores con los que se encuentran mezcladas; de remontarnos al origen de nuestros descubrimientos; de indicar las fases sucesivas por los que ellos han pasado; la filiación de las ideas, de los hechos, de las experiencias, y los procederes lógicos, á los que se debe pedir su desenvolvimiento ulterior.

En cuanto á nosotros, creemos en la utilidad de la historia, porque ninguna fuerza de concepción individual vale lo que las fuerzas colectivas de un número infinito de inteligencias, como el hombre no puede alcanzar á ver sino una parte insignificante de nuestro planeta, aun cuando lo contemple desde el vértice de esas rugosidades de la tierra que se llaman los Alpes, los Andes ó el Himalaya. Nosotros creemos en la utilidad de la historia, porque tenemos desconfianza en nosotros mismos; no

queremos correr el riesgo de hacer lo que ya haya sido hecho, ni tomar nuestro horizonte por los límites del espíritu humano, poniéndonos en guarda contra esos sucesos de mala ley, esas concepciones sin mañana, á las que, en nuestro entusiasmo por la novedad, nos inclinariamos quizá á darles un título de gloria.

Mas para que del estudio de la historia de la medicina se saque el debido fruto, es necesario que esta se ocupe de los hechos y de las teorías. Por lo que respecta á los hechos, debe mostrar su origen, sus verdaderos caracteres, sus relaciones y sus consecuencias. En cuanto á las teorías, debe remontarse á sus causas ó leyes de su desenvolvimiento; apreciar su valor absoluto y relativo, comparándolas á las doctrinas anteriores, contemporáneas y posteriores; señalar la influencia que han tenido sobre la marcha de la ciencia; hacer conocer, en una palabra, el movimiento de donde han salido las grandes escuelas que se han sucedido, lo que han hecho, cómo lo han hecho, y lo que han dejado por hacer. *Sus condiciones internas* deben ser la erudición, la filología, la bibliografía, la crítica. *Sus condiciones externas* (1), el estudio de las influencias ejercidas por el clima, la civilización, las instituciones, los grandes hombres y los grandes descubrimientos, para las ciencias en general y para la filosofía en particular, y todas las causas que, obrando sobre la medicina, tienden á imprimirle caracteres diferentes, acelerando ó retardando sus progresos.

Poseer todos estos materiales, no es tener todavía una historia de la medicina, es necesario coordinarlos, y relacionar

(1) Tennemann, *Manuel de l'histoire de la Philosophie.*

los unos con los otros, dándoles el orden mas conveniente en su disposición.

Este orden es, como para la filosofía, *lógico ó cronológico.*

El primero consiste en coordinar los hechos y las teorías por orden de materias, estudiándolos bajo los diferentes aspectos en que se los pueda considerar. Este orden es aplicable mas especialmente á la historia particular de una escuela, de una secta ó de un sistema.

El segundo, el solo que se puede aplicar á la historia general de la medicina, no debe ser mirado como arbitrario. Las fechas tienen un sentido verdaderamente lógico, ha dicho un pensador célebre. Los hechos y las teorías no se producen al azar, sino que se encadenan en una filiación necesaria. Pero aunque relacionando la serie de los hechos á la marcha del tiempo, la historia de la medicina no debe encerrarse en el estrecho horizonte de una clasificación cronológica. Es preciso que reanudando con arte el método, y suprimiendo cuando fuera necesario los hechos intermedios, relacione el pensamiento de un siglo con el de otro, y deduzca de las diferentes fases de la ciencia las leyes de su desenvolvimiento ulterior. (1)

Pero si inquirimos á qué procederes generales el espíritu humano puede haber recurrido para alcanzar en materia de ciencia la verdad en los diferentes objetos de sus pesquisas, veremos que, rigurosamente hablando, no hay mas que dos: el *empirismo* y el *racionalismo*. En cuanto al *escepticismo*, es mas bien la negación de toda ciencia que un método científico. En fin, si no mencionamos el *eclecticismo* es porque él no inven-

(1) *Id. Loc. cit.*

ta nada, no siendo mas que el resultado de los otros métodos.

Cuando se aplican estos principios generales á la historia de la medicina, se les encuentra en una conformidad completa con los procederes y con la marcha de esta ciencia. Se ve primero al empirismo ateniéndose á la observacion sensible y la exageracion del cual conduce al escepticismo: despues al dogmatismo, que se apoya en el razonamiento, y en que el abuso conduce al idealismo médico.

La mas simple observacion demuestra que tal es la marcha natural del espíritu humano en materias científicas, y que no le es dado seguir otra sin separarse de las leyes que le han sido trazadas por el Criador.

Sujeto el hombre al sufrimiento, no hace mas que obedecer, en alguna manera, á un movimiento instintivo, pero superior al de los demás seres, cuando busca á su alrededor un medio de alivio. Este movimiento, vago en un principio y guiado por el azar, adquiere bien pronto, á causa de experiencias diariamente repetidas, alguna cosa de mas positivo. He aquí el arte de curar en su origen. Un empirismo grosero guía necesariamente sus pasos; esto no es todavía la ciencia.

Mas el instinto natural perfeccionado por la sublime inteligencia del hombre, y los deseos nacidos de sus sufrimientos, no le permiten limitarse á estos primeros pasos. El dominio de los conocimientos experimentales se agranda de dia en dia, y los hechos vienen bastante numerosos para ser dispuestos arbitrariamente, sintiéndose el deseo de referirlos á algunos principios generales ó leyes, de teorizar en una palabra, naciendo de aquí el dogmatismo. Pero como hay muchas maneras de interpretar

los hechos, así los esfuerzos puestos en comun para aumentar la masa de conocimientos adquiridos toman direcciones diversas; de aquí la variedad de sistemas, pretendiendo todos dar la explicacion de los hechos, y dar la ley, llevándolos á la unidad. Pero no se tarda en conocer que estos sistemas, sin ser completamente falsos (porque si lo fueran no tendrían razon de ser), no han levantado sino una parte del velo con que se nos ocultan las leyes misteriosas de la naturaleza. De aquí la idea de apropiarse lo que tienen de verdadero, abandonando lo que tienen de falso, es decir, el eclecticismo; de aquí tambien la vuelta al empirismo por los escépticos, mas disgustados de las divergencias y de los errores de los dogmáticos que de las verdades que han podido poner en evidencia.

No es esto todo: al tomar su lugar entre las diferentes ramas de los conocimientos humanos, la medicina ha sido sometida á la influencia de las consideraciones, sean generales, sean particulares, que imprimen al espíritu humano su marcha, acelerando ó retardando sus progresos. Es sobre todo la filosofía dominante la que obra sobre ella de tal manera, que no se tendrá mas que una idea mezquina y singularmente incompleta de la historia médica, si no nos aplicamos á inquirir en qué relaciones se encuentra esta historia, en todas las épocas, con la marcha general del espíritu humano, y en particular con la de las escuelas filosóficas, que han sido su mas alta expresion.

Indicar el paralelismo estrecho en que se desenvuelven estas dos ciencias, cómo se penetran mutuamente y reaccionan la una sobre la otra, es lo que me propongo mostrar en la segunda parte de este ensayo.

Es una cosa digna de notarse, que la medicina y la filosofía nazcan estrechamente unidas, en una misma época, en el mismo día, por decirlo así, en la Grecia, su madre común, la una del genio de Hipócrates (460 años antes de J. C.), y la otra del de Sócrates (470 años antes de J. C.), y que esta alianza se perpetúe durante los siglos, no entre los médicos vulgares, que olvidando la ciencia, no toman del arte más que lo indispensable á la práctica, sino entre todos los médicos de algún valor, que han dejado un nombre en la historia.

Un empirismo informe, groseras supersticiones, he aquí el arte de curar en su cuna. Los principales medios de curación se encontraban en manos de los sacerdotes. Las enfermedades son la mayor parte de veces consideradas como un efecto de la cólera de los dioses. No obstante, los trabajos de los primeros filósofos refiriéndose al cuerpo humano, dan de su naturaleza y sus trastornos una idea más racional. Hacen salir la medicina de los templos y arrancan á sus ministros el monopolio del arte, haciendo un servicio señalado. Pero las teorías de estos filósofos no son más que una deducción más ó menos lógica de sus explicaciones universales del mundo, é Hipócrates reconoce bien pronto la necesidad de separar la medicina de las especulaciones hipotéticas de esta filosofía cosmogónica, para establecerla sobre su verdadera base, la observación: de la misma manera Sócrates rechaza las vanas teorías sobre los principios de las cosas, y dando por punto de partida á la filosofía la observación del hombre mismo, la hace antropológica, de cosmológica que era. De estos dos hombres datan los verdaderos principios de la ciencia que han ilustrado. No rechazando más que

la falsa filosofía, y uniendo el razonamiento á los hechos, el viejo de Cos ha podido ser considerado como el padre del dogmatismo, que la mayor parte de veces no se formula más que en sistema, y no recibe su nombre sino después del nacimiento de la secta empírica.

Como los discípulos de Sócrates, los sucesores de Hipócrates no son siempre fieles á los principios trazados por este gran maestro. La mezcla de sus doctrinas con las de los filósofos, particularmente con las que Platón expone en el Timeo, alteran su espíritu y su pureza. La doctrina de los cuatro elementos, de los cuatro humores cardinales y de sus cualidades fundamentales, doctrinas de las que se encuentra ya el germen en Empedocles, discípulo de Pitágoras, pasa de la enseñanza de la academia á los escritos de los médicos, donde se perpetúa de siglo en siglo hasta la caída del galenismo.

Nótase en esta época á la filosofía desenvolverse bajo el doble punto de vista del sensualismo y del racionalismo, tendiendo cada vez más á no reconocer sino los resultados de la experiencia más limitada. El racionalismo platónico, continuación de la escuela itálica, se marca por tendencias contrarias. No admitiendo la existencia real sino á las ideas absolutas de la razón, ellas satisfacen á los deseos que tiene el hombre de salir de los fenómenos contingentes, elevándose á la razón última de las cosas.

Obedeciendo á las mismas tendencias, la medicina se desenvuelve por su parte en una doble dirección, correspondiendo á la doble tendencia de la filosofía: el empirismo, que procede del sensualismo de los filósofos, y el dogmatismo, que se une al

racionalismo; oposicion que se hace mas marcada en los siglos siguientes. Recordemos en algunas palabras por qué fases han pasado el uno y el otro.

Al antiguo dogmatismo trasmitido por los sucesores de Hipócrates, y que habia continuado modelándose sobre la filosofía de Platon y de otras sectas filosóficas, sucede un dogmatismo nuevo, debido á la impulsión que comunican á la ciencia Herofilo y Erasistrato, fundando la anatomía humana; de aquí los primeros ensayos del solidismo y de un dogmatismo mas racional, buscando en los órganos mismos las causas de los fenómenos que presentan.

Después de Erasistrato, Asclepiade de Prusa admite que todas las causas activas de las enfermedades residen en los sólidos; y tomando de Demócrito y Epicuro el sistema de los átomos, y aplicándolo á la patología, pretende que del movimiento regular ó irregular de estos átomos, de sus proporciones ó desproporciones entre ellos y con los poros que atraviesan, resulta el estado de salud ó de enfermedad.

En el primer siglo se dividen dos escuelas el imperio científico, la de los metódicos y los dogmáticos. La primera, cuyo principal representante es Temison, abandona enteramente el estudio sobre las causas primeras y sobre la esencia de los cuerpos, admitiendo en nuestros órganos la existencia de poros que, dilatándose ó estrechándose, dejan pasar las materias que deben retener, ó retienen las que deben dejar pasar; de aquí el *strictum* y el *laxum*, á los que se une una tercera clase el *mistum*, para las enfermedades que se muestran á la vez en los diferentes puntos de la economía, participando de la una y de la otra cla-

se. La segunda renueva las opiniones de Erasistrato sobre el *pneuma*, y combinando esta teoría con la de las cualidades elementales, hace caer la medicina en la vaguedad de las causas primeras y en las sutilezas de las escuelas filosóficas. En este *pneuma*, al que todas las funciones de la economía están subordinadas, es fácil reconocer la influencia de las teorías estóicas, tomadas ellas mismas de Heráclito de Efeso. Esta doctrina se sostiene poco, pero dejó su traza en el galenismo.

Mucho antes de esta época, algunos médicos convencidos de la inutilidad de los esfuerzos de este método para constituir una teoría de la ciencia, y formados por los primeros escépticos (Pirrónicos) al espíritu de la crítica y del análisis, habian seguido las huellas de la filosofía empírica, y pretendido que no puede fundarse la medicina sino sobre los datos de la experiencia. Tal es el origen de la *secta empírica*, que antes de ser constituida como escuela, existía ya como método, y cuyos primeros gérmenes se encuentran quizá en la oposicion de la escuela de Enido con la de Cos, á pesar de la pretension de los empíricos en apoyarse sobre el nombre de Hipócrates. Reaccion moderada contra los abusos de las teorías, esta escuela traspasa bien pronto los límites de lo verdadero, y acaba en sus estudios sobre los medicamentos, por degenerar en un empirismo tan ciego, que llega hasta proscribir la anatomía y la fisiología. Esta secta, que conserva una gran preponderancia hasta los tiempos de Galeno, debe en parte su favor al escepticismo formulado por Sexto Empíricus, médico y filósofo, con mas rigor que se encuentra en sus antepasados.

Á excepcion de algunos trabajos notables de Celso, Areteo

y Dioscórides, la medicina entregada á las sectas mas diversas ó á un grosero empirismo, estaba amenazada de la anarquía mas completa, cuando aparece un hombre al que abocan, y en el que se resumen todos los siglos precedentes. Despues de haber recorrido el círculo de las opiniones y sistemas, el espíritu humano debía recurrir al eclecticismo, que tiende á conciliarlos. El eclecticismo se constituye en efecto en el seno de la escuela de Alejandría, de donde nacen los esfuerzos de los primeros filósofos alejandrinos para fundar las doctrinas orientales con Platon, y este último con Aristóteles. Las mismas tendencias nacen en medicina con los mismos deseos. Galeno, renovando la tentativa de eclecticismo, abortada entre las manos de Agatimus de Sparta y de Archigeno de Apamea, acerca todas las doctrinas: Aristóteles y Platon, Hipócrates y Temison, los humoristas y los solidistas; y de este sincretismo hábilmente coordinado, pero erizado de sutilezas dialécticas y de vistas puramente hipotéticas, resulta el galenismo, que reina sin rival durante trece siglos. Despues de Galeno se encuentran todavía algunas tentativas de este género; pero mas son los compiladores, como Oribacio y Aecius, que los ecléticos propiamente dichos. De las antiguas doctrinas quedan pocas señales, si no es en Celio Aureliano, que permanece fiel al metodismo.

Pero del eclecticismo al escepticismo, no hay mas que un paso; la duda es un estado contra natura para el hombre: así es que el eclecticismo neoplatónico se desborda bien pronto. El elemento griego se absorbe en el elemento Oriental, y la filosofía alejandrina acaba por caer en un camino extraviado que le lanza por una pendiente irresistible hácia las extravagancias

del éxtasis y de la teurgia, hasta la época en que acaba por desaparecer completamente en las tinieblas de la barbarie. El favor que se une al nombre de Galeno no puede preservar la medicina de la influencia funesta de las doctrinas de Alejandría, y de las consecuencias á las que ellas conducen.

Las pretendidas ciencias ocultas, la mágia, la cábala, etc., usurpan su plaza. Con Alejandro de Tralles y Pablo de Egina, muere en fin la medicina griega en el sétimo siglo, despues de una penosa y larga agonía.

Llegamos á la edad media. Caida entre las manos de los judíos y de los monjes, la medicina no fué en los primeros tiempos de la escolástica, en Occidente al menos, mas que un empirismo grosero y supersticioso. Todo el foco de la ciencia estaba en los árabes, los que no son sino unos comentadores y traductores poco fieles de Aristóteles y de Galeno. Cuando relaciones mas íntimas comienzan á establecerse entre el Oriente y el Occidente, y que el espíritu humano se esfuerza en salir de las tinieblas de la barbarie, toma por maestro á Aristóteles. Tal es la sumision ciega que inspira los escritos de este filósofo, que no es permitido pensar mas que por él. La medicina se limita á comentar y extraer los escritos de los árabes, á los que se deben los primeros conocimientos. Así se perpetúan bajo el imperio exclusivo de la autoridad y de la filosofía escolástica, el aristotelismo y el galeno-arabismo. Este último, prestándose maravillosamente á las sutilezas dialécticas de la época, se mezcla á los sueños de los alquimistas y de los astrólogos, á los sortilegios y á las discusiones de las causas ocultas, que estaban en el espíritu de aquellos tiempos.

La época del renacimiento debía poner completamente fin á esta dominación intelectual. Los siglos XVI y XVII son testigos de la lucha de la escolástica, en particular contra la filosofía platoniana que excita el más vivo entusiasmo, y parece querer un momento suceder al aristotelismo. Todas las doctrinas antiguas son exhumadas y encuentran intérpretes. Del estudio de los árabes, que no habían hecho más que copiar la medicina griega desfigurándola, al de las fuentes mismas, no había más que un paso, franqueándose cuando el conocimiento de la lengua griega se hizo más familiar, y que la imprenta pudo extender las obras maestras de la medicina antigua. Esta fué la señal de una revolución ó de una era nueva para esta ciencia, lo mismo que el conocimiento de los principales monumentos de la filosofía antigua había sido el franqueamiento de la filosofía moderna. A imitación de la antigüedad, se adquiere una osadía de pensamiento que lleva á los filósofos á las especulaciones más exaltadas del neoplatonismo, al gnotismo y la cábala. Mézclanse á sistemas serios ideas raras y extravagantes sobre las leyes de la naturaleza, tomadas á las pseudo-ciencias más en boga. De la misma manera en medicina se falsean la mayor parte de los trabajos emprendidos en esta época en una y otra ciencia. El espagirismo, la astrología, la cábala y el iluminismo infestan todas las doctrinas. Los promovedores de este movimiento filosófico son al mismo tiempo los del movimiento médico: Cardan, Campanella, Raimundo Lulle, Arnaldo de Villanueva, Fludd, Paracelso y Van-Helmont.

Con todo, el tiempo no atesora inútilmente el caudal de los hechos y de los conocimientos adquiridos: el nuevo vuelo del

espíritu humano se comunica á todas las ramas del arte de curar. La cirugía sale de su abatimiento; la anatomía descriptiva nace con los trabajos de los grandes anatómicos del siglo XVI; las doctrinas hipocráticas encuentran sabios intérpretes, y en fin, el inmortal descubrimiento de Serveto y de Harvey abre nuevas perspectivas á la ciencia.

Tocamos ya á los tiempos modernos. La ciencia se encuentra en posesión de todos los grandes monumentos de la antigüedad, pero le falta un instrumento, el *método*; Bacon y Descartes se lo llevan.

Aunque bajo este título puedan ser ambos considerados como los verdaderos fundadores de la filosofía moderna, la influencia del primero sobre su siglo es mucho menor que la del segundo. Lo primero, porque el método Baconiano no es aplicable primitivamente sino á las ciencias físicas, no comenzando á ser conocido y apreciado hasta el siglo XVIII, y lo segundo, porque Descartes no se contenta con trazar un método, sino que crea un vasto sistema, que ejerce una influencia tal sobre los mejores espíritus, que la historia científica del siglo XVII se encuentra toda entera en la del cartesianismo, desde Mallebranche y Spinoza, hasta Leibnitz, que cierra la filosofía cartesiana con una tentativa de conciliación entre todos los sistemas.

Creeríase, á primera vista, que al que trazó el método de observación en el mundo físico, debía pertenecer necesariamente la mayor influencia en las ciencias médicas. Pero no sucede así; Bacon, como hemos dicho, fué casi ignorado de su siglo, y solo por el intermedio de la filosofía sensualista que le toma por jefe, es por lo que la ciencia de Hipócrates le conoce.

Por otra parte, la filosofía cartesiana, vasto sistema que lo abraza todo, tenía explicaciones prontas para los fenómenos fisiológicos. Tal era la variedad de sus cálculos y la abundancia de sus recursos, que dió lugar á los tres grandes sistemas que dominan en medicina en el siglo XVII y principios del XVIII: el sistema *chemiátrico* de Silvius, el sistema *iatro-mecánico* de Borelli, y el *animismo* de Stahl, el cual sufriendo algunas modificaciones, es el punto de partida de las doctrinas vitalistas de la escuela de Montpellier. Estos sistemas, llenos de errores como la filosofía de que procedían, se sostuvieron poco tiempo.

En la misma época, Boerhaave asocia á las teorías mecánicas, base de su sistema, pero en el que no hace consistir la regla de las acciones vitales, las teorías químicas fundadas sobre la alteración de los humores. Este sincretismo que se sostiene largo tiempo para el arte, con el que estaba ligado en todas sus partes, y por la inmensa autoridad de su inventor, pudo satisfacer una época en la que las ciencias matemáticas, físicas y químicas tomaban un nuevo vuelo, y habían conquistado un inmenso favor; pero el porvenir no le pertenece.

En oposición con las teorías mecánicas y físicas que reinan en las doctrinas precedentes, se eleva el vitalismo nuevo, que separándose poco á poco de las doctrinas más metafísicas que fisiológicas del animismo, y continuando el estudio del principio vital, no ya de una manera abstracta, sino en sus efectos visibles, echa las bases del solidismo moderno. Es fácil reconocer aquí la influencia del dogmatismo Leibnitziano, que dotando á la naturaleza de fuerzas propias, debía conducir á buscar en el organismo mismo el principio de sus fenómenos. Hoff-

man relaciona todas las funciones del cuerpo á los movimientos de la fibra viviente, y todas las lesiones á la alteración del movimiento, que, según es muy fuerte ó muy débil, constituye el espasmo ó la atonía, y de aquí las diferentes clases de enfermedades. Este mecánico-dinamismo, que asemeja los fenómenos físicos á los de una máquina de un orden superior, produce la teoría nervoso-dinámica de Cullen, de donde se siguen las de la excitación, tan en voga al fin del pasado siglo y principios de este. Estas teorías de un orden puramente abstracto en el Brownismo, pero combinadas con el vitalismo orgánico de Bourdeu; con la doctrina fisiológica de Bichat, y en las escuelas italianas con las consideraciones de los tejidos, constituyen, en su más alta expresión, la doctrina de las propiedades vitales.

Esto nos da á conocer que un nuevo elemento se ha introducido en la ciencia. Al lado del movimiento puramente idealista propio de las escuelas Itálica, Eleática y Platónica, las que toman el pensamiento como objeto principal de la análisis filosófica, se ve desenvolverse lentamente el movimiento sensualista, que tomando la naturaleza exterior por punto de partida, se une á las escuelas Jónica, Atomística y Peripatética. Renovada por Bacon en los tiempos modernos, esta doctrina pasa por Hobbes y por Gassendi, llegando con Locke y Condillac hasta el materialismo más exagerado. Así cuando el sensualismo hubo destronado al cartesianismo, obtuvo el favor de los observadores dedicados al estudio del hombre físico. De la misma manera que se creía erróneamente poder sacar toda la moral del *tratado de las sensaciones*, se debía á *fortiori* pensar que la ciencia del hombre enfermo estaba toda entera en los tratados de ana-

tomía patológica; de aquí el organicismo moderno tal cual se encuentra en la doctrina de Broussais, y en el que el elemento anatómico absorbe el elemento vital.

En cuanto á la medicina alemana, permaneció extraña, como su filosofía, al movimiento sensualista que marca la segunda mitad del siglo XVIII y principios del actual. Cayendo en un extremo opuesto, toma de la filosofía de la naturaleza y de una metafísica nebulosa los sistemas mas ingeniosos que sólidos, contra los cuales lucha con ventaja el buen sentido de los médicos, conservándose en gran número fieles á la verdadera observacion.

Por otra parte, una revolucion nueva se opera en este siglo en el espíritu filosófico. La consideracion exclusiva de los fenómenos materiales encerraba la ciencia en un círculo muy estrecho para que ella no intentara franquearlo. Sin abandonar completamente el sensualismo del que toma sus métodos de observacion, y sin entregarse á los excesos de un idealismo especulativo sin aplicacion, y que repugna á su buen sentido práctico, la escuela moderna reconoce la necesidad de fundar la ciencia médica en el estudio imparcial de todos los hechos y de todos los sistemas. De aquí un vasto eclecticismo que tiende cada vez mas á unirse al gran movimiento cartesiano, que marcó con una gran elevacion de carácter al siglo XVII. Abandonado por la opinion pública, el sensualismo no basta ya á las necesidades de la ciencia contemporánea.

Bajo el imperio de esta reaccion, se ve operar paralelamente en medicina la vuelta á las opiniones hipocráticas y al eclecticismo. Pero el eclecticismo no es mas que un método, y no un

sistema. Así, si bien ofrece una utilidad real en la práctica, favorece al mismo tiempo la desmembracion de las opiniones, el esparcimiento de las ideas, y la ausencia de vistas comunes, lo que da por resultado el escepticismo y la anarquía en la ciencia. La medicina no puede inmovilizarse en el eclecticismo, absorbido hoy por el empirismo racional, que cuenta con el mayor número de prácticos.

Las doctrinas panteistas que en Alemania, sobre todo, hacen sentir ya su influencia en la medicina, parecen responder mejor á los ojos de sus partidarios, á la necesidad de unidad, que es el objeto supremo de las ciencias. Mas ellas no lo satisfacen sino sacrificando uno de los dos términos del problema en lugar de operar la conciliacion. Estas doctrinas son, en efecto, de dos maneras; ó absorben el espíritu en la materia, y es el caso mas comun, de lo que resultan las escuelas positivista y materialista; ó al contrario ellas absorben la materia en el espíritu, y este panteismo idealista produce en fisiología el animismo moderno, á los ojos del que el principio vital y el principio pensante no son mas que uno.

Aquí nos volvemos á encontrar en presencia de ese dualismo que acompaña á la ciencia desde su cuna, y del que no es posible salir, sino apoyándose en los sanos principios de la filosofía ortodoxa, teniendo presente las cualidades psíquicas del hombre que tanto le distinguen de los demás seres, y que influyen de una manera tan directa sobre su modo de ser y sobre sus enfermedades.

Con lo que llevamos dicho creemos haber demostrado la union obligada y la dependencia recíproca de la filosofía y la

medicina. Sin duda alguna, las ventajas que esta union ha producido compensan largamente sus inconvenientes: estos mismos inconvenientes deben ser considerados, menos como el resultado de esta alianza que como el producto de los sistemas ó exageraciones de espíritus exclusivos, en quienes los dogmas han dominado algunas veces á los principios mismos de las ciencias.

Tambien hemos podido advertir que la ciencia aun no ha dicho su última palabra, y por lo tanto, aunque enriquecidos con las adquisiciones y descubrimientos de los sábios que fueron, es inmenso el camino que nos queda que andar, encargándose de proseguirlo, despues de nosotros, esa generosa juventud que ávida de saber acude á nuestras áulas, y á quien advertiremos que saber y poder son dos términos conexos, dos fuerzas que se agitan de concierto para dar un mismo resultado. Su conexion es un axioma, y es un error creer que los grandes resultados de la industria y de las artes que hoy se admiran en el palacio erigido en la Atenas moderna, puedan ser producidos sin la ciencia.

Los instintos y las necesidades pueden crear muchas cosas útiles con la ayuda de la experiencia. Esto es un hecho de observacion comprobado por la historia. Pero si los instintos y los sentimientos no se trasforman, ó al menos, si la vida racional no se eleva un grado, apoyándose en las doctrinas de una sana filosofía, todo progreso se detiene, y las artes y la industria permanecen en un estado de imperfeccion ó retroceden en lugar de avanzar (la China, el Egipto, la India, el Oriente).

Sí, jóvenes; á vosotros corresponde el continuar los ade-

lantos de la ciencia; entrad confiados hoy en su augusto templo, y seguid el camino que os indiquen vuestros Maestros, con la fe y el entusiasmo propios de vuestra hermosa edad; aprovechad en el estudio, esperando mañana el merecido galardón de vuestro noble trabajo; tratad todos de adornaros con las insignias que hoy veis brillar en el pecho de algunos de vuestros compañeros, laureles obtenidos en lides científicas, y que no recuerdan mas lágrimas que las que sobre ellos derramará la ternura de vuestras cariñosas madres; contentaos con gustar las armonías de la naturaleza sin poderlas analizar todas; no os dejéis seducir por el espíritu de incredulidad y de indiferentismo que infesta nuestra época, y tened presente aquel santo precepto que tanto os han repetido desde este sitio, y que yo á mi vez os recuerdo: *que el principio de la sabiduría es el temor de Dios.*

HE DICHO.



Indice

- Influencia de las ciencias en la civilizacion, por Lorenzo D. 1.^o
- Memoria sobre el origen y progreso de las ciencias, por Alonso D. 2.^o
- Influencia de la Filosofia en las costumbres, por Lamora D. 3.^o
- Relacion entre la sabiduria y la virtud, por Lamora D. 4.^o
- Influencia de las costumbres en la grandera de las naciones, por Lamora D. 5.^o
- La educacion de los pueblos es la mejor garantia para el porvenir, por Montells y Nadal D. 6.^o
- Importancia del estudio, por Correy del Villar D. 7.^o
- Importancia del estudio de la Jurisprudencia y su influjo en la felicidad de los pueblos, por Garcia Valenzuela D. 8.^o
- Ventajas que obtendria el pais con la propagacion de los conocimientos que constituyen en el dia la carrera de Farmacia, por Simo, D. 9.^o
- Importancia de la Filosofia, por Moreno Nieto D. 10.^o
- Ideas acerca de la Linguistica y de sus principales aplicaciones, bajo el punto de vista de la comparacion de los idiomas, por Gonzalez Rodriguez D. 11.^o
- Influencia de los Idiomas españoles en la civilizacion de Europa, por Armado y Salazar D. 12.^o
- De la Iglesia y sus relaciones con la civili-

- zacion, por Bayo y Delgado D. 13
- Influencia del sentimiento de lo Bello como elemento educador en la historia humana, por Fernandez y Gonzalez D. 14
- Ensayos hechos en pro de la ensenanza, y otros que se proponen, por Correy D. 15
- Influencia de la medicina en la civilizacion, y la que puede ejercer en la mejor condicion del hombre, por Lopez Argueta D. 16
- Elogio del estudio que conduce a la sabiduria, por Garcia Valenzuela D. 17
- Influjo de las Ciencias en el caracter distinguido de las sociedades modernas, por Montells y Nadal D. 18
- Excelencias de la Filosofia contemporanea, y su armonia con el sentimiento catolico, por Somera y Stanley D. 19
- Influencia de la Mujer en la civilizacion del linaje humano, por Coca y Correa D. 20
- Resena historica del principio general de la Filosofia de la naturaleza, por Fernandez Fierres D. 21
- Principios generales del Derecho, por Hurtado y Silva D. 22
- Edusas generadoras de la literatura y el arte en el campo de la historia, por Equilar y Sanguay D. 23
- Necesidad de los estudios historicos en Medicina y relaciones de esta ciencia con la Filosofia, por Garcia Correa D. 24.

